

DE LA RIVA-AGÜERO Y OSMA, José Carlos. *Paisajes peruanos*. Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 2022, 486 pp.

José Carlos de la Riva-Agüero y Osma fue un abogado, escritor y político peruano nacido en Lima el 26 de febrero de 1885 en el seno de una familia noble. En 1905 inició su carrera como escritor con la tesis *Carácter de la literatura del Perú independiente*. Sin embargo, se considera de valor superior el siguiente trabajo del autor, *La Historia en el Perú*, con la que se doctoró en Letras en 1910. La obra de la que se ocupa esta reseña, *Paisajes peruanos*, se publicó póstumamente en 1955, aunque fue escrita entre 1916 y 1917, a partir de los apuntes tomados durante su viaje a la Sierra peruana que tuvo lugar en 1912. La edición presente tiene la virtud de contener un amplio estudio introductorio de la mano de Jorge Wiese Rebagliati, profesor principal de la Universidad del Pacífico de Lima y profesor ordinario de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en el que se aborda con notable maestría y dominio de las herramientas proporcionadas por la teoría literaria, la consideración de la obra dentro del género relato de viaje.

El motivo principal que inspira a Riva-Agüero a emprender su viaje es conocer la Sierra que, como él afirmó, es el *verdadero* Perú. El itinerario realizado sigue el antiguo camino de los incas, *Qhápac Ñam*. Algunos hitos fundamentales del mismo son Anta, Zurite, Apurímac, Vilcas, Chupas, Ayacucho y

Huancayo. Wiese Rebagliati señala que en *Paisajes peruanos* el cronotopo, es decir, el principio semántico y organizativo del texto, es el camino y que su recorrido está lejos de ser arbitrario. La ruta comienza por Cuzco, la ciudad, a sus ojos, más emblemática de la Sierra peruana, síntesis del legado español y del inca, y concluye en Huancayo, en donde se reunió el congreso que dictaminó la Constitución de 1839, con la que se acabó de descartar el proyecto del gran Perú que defendía la unificación de este país con Bolivia.

Siguiendo la clasificación de Luis Alburquerque, *Paisajes peruanos* entra dentro del género de los relatos de viaje. Esto se debe, en primer lugar, a que es un relato factual que contiene marcas de itinerario, cronología y lugares, subrayando la condición de testimonio directo del texto. En ocasiones, el discurso del autor peruano se desvía de la inmediatez de lo testimonial, como por ejemplo, cuando desciende a la evocación histórica o a la referencia cultural. Esto se percibe en el relato de la batalla de Chupas o en el de la leyenda incaica de la Palla Huaracuna. En segundo lugar, como suele ocurrir en este género, en la obra de Riva-Agüero predominan las descripciones, muchas de ellas de gran aliento poético. Sin embargo, cabe decir que la narración y el tono ensayístico no escasean tampoco a lo largo de sus páginas, ejemplo claro del último es el fragmento reflexivo suscitado a raíz de la contemplación del campo de batalla de Ayacucho. Como último criterio de clasificación se aborda el binomio objetivo-subjetivo. En estos relatos se tiende a anteponer el primero en consonancia con su carácter testimonial. No obstante, también es posible que lo subjetivo tenga un peso considerable sin detrimento de la objetividad. Esto es precisamente lo que permite que en los relatos de viaje tenga cabida el ensayo, como ocurre en los de Unamuno, Ortega o el propio Riva-Agüero.

Otro de los aspectos que Wiese Rebagliati subraya varias veces en su estudio es el hecho de que *Paisajes peruanos* no es solamente un relato de viaje que recoge las expe-

riencias del autor durante su trayecto, sino que constituye esencialmente una meditación sobre la historia de Perú, así como sobre su presente y su futuro. Su derrota contra Chile en la guerra del Pacífico y la consecuente ocupación de parte del territorio peruano condujo inevitablemente a repensar el país. Entre los autores que llevaron a cabo esta reflexión se encuentran Manuel González Prada, Francisco García Calderón, Víctor Andrés Belaunde y el propio Riva-Agüero. Wiesse Rebagliati señala que Riva-Agüero propone una idea clara de nación o, en terminología de Benedict Anderson, una comunidad imaginada, como lo son todos los países. Autores como Said y Vargas Llosa discrepan de esta idea y se preguntan «si lo peruano existe en realidad». Vargas Llosa, por ejemplo, responde a esta pregunta con una negativa y afirma que: «Solo existen los peruanos» y añade que el único denominador común entre ellos se limita a habitar en el mismo territorio bajo la misma autoridad (p. 151).

Otro aspecto que preocupa al autor en esta obra es la identificación de los problemas que aquejaban en su tiempo a Perú, rastreando su origen y proponiendo posibles soluciones. En uno en los que más se detiene es en la crisis de la clase dirigente, que considera culpable de la situación del país. En cierto momento llega a decir: «Nuestra mayor desgracia fue que el núcleo superior jamás se constituyera debidamente» (p. 351). Continúa afirmando que el egoísmo personalista de la nobleza limeña, ávidos de riqueza, los llevó a poner en segundo plano necesidades primordiales.

El segundo aspecto que Riva-Agüero apunta como necesario para salir de esa situación que él juzga como decadente es la síntesis de las que llama las dos «razas históricas», la española y la incaica. Para ello, afirma que resulta imperativo completar la «amalgama de costumbres y sentimientos» entre una y otra (p. 351). Wiesse Rebagliati comenta en la introducción que esto entronca con el denominado «problema del indio», tema muy presente en la literatura política

decimonónica (p. 155). En el estudio introductorio se alude a algunos autores que han entrado en diálogo con la posición del mestizaje cultural defendida por Riva-Agüero. Por ejemplo, César Pacheco está completamente de acuerdo con el autor de *Paisajes peruanos*, subrayando la necesidad de dicho fenómeno.

Sin embargo, otros como Luis Alberto Sánchez y Víctor Vich discrepan. El primero juzga la visión de Riva-Agüero como «insensible a la postración indígena de su presente y que va buscando en la ruta andina solo evocaciones fantásticas del pasado» (p. 29). Por su parte, Vich afirma que el trayecto físico pasa a convertirse en algo secundario, ya que el itinerario ha sido definido por un modelo histórico e ideológico preconcebido. En palabras de Wiesse siguiendo a Vich: «Entonces ocurre aquí el típico movimiento criollo que consiste en incorporar al “otro” dentro proyecto nacional pero siempre subalternizado he imaginado como un ser inferior» (p. 147). Incluso aun dándose en el libro una valoración indudable de las culturas indígenas, destacando la belleza y riqueza de sus tradiciones, se produce desde una visión etnocéntrica.

En suma, el género omnívoro de los relatos de viaje tiene una justa representación en *Paisajes peruanos* que aúna lo literario, sociológico e historiográfico como estancias de una misma casa. En lo que respecta a las dos últimas, este libro forma parte de un viejo diálogo que busca dar respuesta a la pregunta sobre el concepto de identidad y nación. El viaje se construye a través del bagaje de lecturas, ya sean históricas o culturales, que el autor resucita a su paso por distintos lugares. Esto ocurre en la visita al pacífico campo de Chupas que, de pronto, gracias a las palabras, recupera su agitada memoria. Son las palabras que anidan en el recuerdo del autor las que, en el silencio de una verde loma, convocan las voces de los campesinos quechuas, entonando sus bellos *hayllis* y *harahuís*. También son ellas las que hacen que en una tosca roca aparezca el ros-

tro de la desdichada Palla Huarcuna y que en el curso del arroyo de Upia Huanca se vean correr sus lágrimas, haciendo visible lo invisible.

CLARA ANDRADE ALONSO
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología